

[RESEÑA]

COLLINS, SUZANNE *Los Juegos del Hambre: Espejo de nuestro mundo*. RBA Libros, S. A. Barcelona 2012,

Si estudiásemos superficialmente la trama de la aclamada novela *Los Juegos del Hambre*, a primera vista, se nos antojaría inverosímil. Una historia propia del género de ciencia ficción que nos sugiere una realidad que poco tiene que ver con nuestra sociedad actual. No obstante, tras llevar a cabo una visión y análisis más profundos de la misma, podemos comprobar que ambos mundos (el nuestro y el de la novela) no son tan diferentes. Existe un número considerable de similitudes que, cuando se muestran visibles ante nuestro escrutinio, nos dejan con un amargo sabor de boca, una sensación de impotencia y culpabilidad difícil de explicar, un deseo incontrolable de iniciar un cambio, de prender una chispa que inicie una revolución.

Podríamos referirnos a muchísimas cuestiones denunciadas en la narración, pero, a mi parecer, las más significativas son los efectos de la guerra, la opresión política, la pobreza extrema, el hambre, comportamientos humanos reprobables y la desvalorización de la identidad individual.

Si estudiásemos la historia de Panem, comprobaríamos que la mayor

parte de los problemas que se han listado previamente derivan de una misma causa: la guerra civil que asoló el país 74 años antes de que comience la trama. Tras la derrota de los sublevados, el gobierno del Capitolio procedió a aplicar una política que recuerda bastante a lo acontecido al término de la Primera Guerra Mundial. Los vencedores aprovecharon el temor que inspiraban y su situación de superioridad para imponer unas condiciones abusivas a sus opositores. La sociedad que nos introduce la autora a través de sus palabras está profundamente marcada por una atroz tiranía política. El Capitolio es un gobierno totalitarista y autoritario encabezado por su despiadado líder, el Presidente Snow, que se nos presenta como un individuo frío y con escasos valores morales cuya edad parece ser directamente proporcional a su grado de insensibilización ante la crueldad y el sufrimiento. Los pilares básicos de su estrategia política son la intimidación, la hipocresía, el secretismo y mantener al pueblo en la ignorancia. El Presidente aviva el sentimiento de pavor de la población impidiendo que caiga en el olvido el recuerdo de la rebelión fallida. Es aquí donde entran en escena Los

Juegos del Hambre. A través de los mismos, el Capitolio consigue revivir anualmente los conflictos armados presentando escenas de violencia e infanticidio. La agonía que sufren los familiares de los tributos se une al hecho de que el papel que desempeñan puede identificarse con el de los niños soldados. Por un lado, son coaccionados para combatir en batallas que no son suyas. Además, padecen las consecuencias físicas y psicológicas inherentes a todo enfrentamiento, aunque intensificadas por el hecho de que aún no han superado la etapa de la infancia. La especial crueldad de estos Juegos radica en que se convierte en un espectáculo televisado en el que los tributos son expuestos como héroes que se sacrifican para honrar a sus distritos, cuando la cruda realidad es que la mayoría nunca ha tenido un arma entre sus manos. Asimismo, los vencedores no sólo se llevan consigo un premio manchado de sangre y recuerdos traumáticos, sino que a lo largo del resto de su existencia serán chantajeados con el asesinato de sus seres queridos si no satisfacen los deseos sexuales de sus torturadores. Esta cruenta lucha de jóvenes gladiadores cumple, además, una función de control mental. Los distritos, tentados por la riqueza que podría proporcionarles la victoria de alguno de sus tributos, prefieren no revelarse y mantener viva la esperanza, que se revela como

un sentimiento más fuerte que el miedo.

Es imposible ignorar el cinismo que brilla en el comportamiento del jefe de Estado. El Presidente no se plantea eliminar a los distritos rebeldes porque le resultan necesarios para asegurar el frágil equilibrio entre la alta sociedad y la población pobre. En cuanto a la facción privilegiada y adinerada (el Capitolio), su situación podría resumirse en que gozan de un estado de bienestar y demasía que raya en lo absurdo e insultante. Cuentan con toda clase de lujos y comodidades inimaginables. Su vida diaria básicamente gira en torno a ascender en su escala social particular y mantenerse al tanto de las últimas tendencias. Frente a ellos, encontramos al resto del país, que vive sumido en la más absoluta pobreza debido a los gravámenes impuestos. Adentrarse en cualquiera de esas regiones aisladas mediante vallas eléctricas es una visita a un universo radicalmente distinto. Las infraestructuras de las áreas urbanas están notablemente deterioradas. El suministro eléctrico es temporal y el sistema de abastecimiento de agua, inexistente. El concepto de transporte público no se ha empleado jamás y plantear un sistema sanitario regulado sería una utopía. Tal y como indica el título de la trilogía, una de las consecuencias más graves de la pobreza es el hambre. La gula y el anhelo

consumista del Capitolio derivan en una monopolización de los recursos alimentarios, en un consumo excesivo. La situación de miseria generalizada que vive Panem se vuelve más ridícula e indignante, si cabe, al conocer que, en los festines del Capitolio, se ofrecen bebidas para estimular el vómito de los comensales. El fin que se persigue es que, una vez saciados, puedan vaciar sus estómagos repetidas veces para continuar comiendo y bebiendo. Aunque es posible que esta costumbre parezca una mera exageración, lo cierto es que constituye un severo toque de atención ante la escasa importancia concedida a los problemas derivados de la malnutrición, así como a la injusta repartición de los alimentos. Frente a la abundancia de quienes nacieron en el seno de familias adineradas, la mayor parte de la población empobrecida es incapaz de proporcionar a sus seres queridos una alimentación adecuada. Las consecuencias conforman una larga lista encabezada por graves enfermedades. Tampoco podemos obviar el hecho de que, en estas circunstancias, los miembros más jóvenes de las familias se ven forzados a contribuir en la economía del hogar. Son muchos los menores que, desesperados, recurren a medidas que traspasan la línea entre lo legal y lo ilegal. Por citar unas pocas, caza ilícita, venta de productos en el mercado negro, mendicidad e, incluso,

prostitución. Como era de esperar, el Capitolio aprovecha el hambre de los más necesitados como baza para llevar a cabo un chantaje. Si un niño de doce años, famélico y exhausto, tuviese a su disposición la oportunidad de conseguir sustento alimenticio durante un año ¿se negaría aunque la condición impuesta fuese que una papeleta más con su nombre entrase en el sorteo de tributos? ¿Y si, además, pudiese pedir tantas como quisiese y, de ese modo, alimentar también al resto de su familia? Son muchos los jóvenes que, a la edad de 18, cuentan con más papeletas en la urna que los años que probablemente llegarían a vivir en la penuria de su hogar.

Además de los problemas ya tratados, la escritora Suzanne Collins, a través de sus personajes, satiriza varios aspectos de nuestra sociedad que, aunque habitualmente no los identifiquemos en nuestro entorno cercano, en sujetos ajenos, ni cortos ni perezosos, los detectamos de inmediato. Uno de los puntos criticables de la sociedad occidental es la excesiva superficialidad. Al igual que los habitantes del Capitolio, concedemos demasiada importancia a la apariencia externa, a una falsa y artificial carta de presentación. Centralizamos este aspecto de nuestras vidas, guiándonos por iconos cuyas ideas, bajo la presión de grupo, acatamos incondicionalmente, aún

cuando suponen una violación de nuestros ideales personales. Otro de los comportamientos criticables que deben ser mencionados es la facilidad con la que se influencia a la población. Resulta relativamente sencillo lograr, a través de la publicidad, los medios de comunicación y las redes sociales determinadas respuestas por parte de muchos colectivos. Ya sea por fascinación, ignorancia o falta de juicio crítico, el público suele desvelarse como un objetivo obediente y fácilmente sugestionable. Después de varias décadas, parece que no hemos aprendido a desarrollar un juicio crítico y cierta picardía a la hora de detectar engaños, mentiras y mensajes subliminales. Una de las variables que influye notablemente en esta ecuación es la divinización de los medios de comunicación. Mientras que la vida del Capitolio gira en torno a la televisión y a su acontecimiento estrella, Los Juegos del Hambre, en la sociedad occidental no nos quedamos atrás en cuanto a la elevada cantidad de horas dedicadas a la “caja tonta”, aunque en los últimos años hemos antepuesto a este invento mágico otro que se ha convertido en una revolución todavía mayor: los teléfonos inteligentes, más conocidos como *Smartphones*. Estos adictivos dispositivos parecen haberse consagrado como el centro de la vida diaria de una gran parte de la población que adapta sus horarios para dedicar una

mayor franja de tiempo a las múltiples posibilidades que nos ofrecen estos dispositivos. Algunas de ellas, como las redes sociales, junto con los videojuegos o la televisión, contribuyen a normalizar situaciones de violencia o de comportamientos antiéticos y nos insensibiliza contra los mismos de manera que, al presenciar alguna situación en la que aparezcan estos ingredientes, no nos escandalizamos ni sentimos el deseo de detenerla o intervenir para que no se repita. Se mina nuestra empatía, volviéndonos incapaces de comprender que la desesperación y la agonía que se muestran en la pantalla no son siempre ficción, sino que, al otro lado de la misma, el dolor es muy real.

Esta falta de compasión se evidencia en la devaluación personal, simbolizada a través de los tributos que, por el capricho de unos pocos, ven esfumarse sus derechos. Son ofrendas que pierden su libertad. Están custodiados, presos, condicionados por un ancestral contrato que la mayoría no desea acatar. En ningún momento son dueños de sus actos o de sus decisiones ya que, después de ser escogidos como participantes, están sujetos a los caprichos de sus mentores y estilistas, así como a los de una expectante audiencia deseosa de matar el tiempo con un entretenimiento violento. Toda autonomía o voluntad es cuidadosamente anulada. Por si lo citado previamente no resulta-

se suficientemente degradante, los tributos son empleados como caballos de carreras por los ludópatas. Estos emplean sus cuantiosas fortunas para apostar acerca del desarrollo de la masacre, es decir, en qué orden mueren los tributos, cómo sucederá y quién será el vencedor. Tampoco podemos obviar todo aquello que acontece en la arena, dentro de la cual pasan a ser piezas colocadas estratégicamente para el disfrute de otros, mientras que en sus conciencias tratan de dar respuesta al dilema ético de si es correcto matar para sobrevivir. Creo estar en lo cierto al pensar que la agonía que debe sentir alguien convencido de que sus últimos instantes de vida serán un espectáculo y que su muerte será celebrada por quienes se beneficien económicamente de ella, es indescriptible. Esta realidad puede compararse a la que viven decenas de personas que son secuestradas periódicamente por grupos armados extremistas para emplearlos como moneda. Del mismo modo, puede identificarse con la mínima importancia concedida por algunas personas a los sentimientos de los demás. Vivimos en una sociedad predominantemente individualista en la que cada uno se encierra en una burbuja que engloba sus

intereses personales y poco más. Mientras se viva bien, ¿por qué preocuparse de quienes sufren a unos pocos kilómetros de distancia?

Tras esta reflexión, contemplar con buenos ojos el mundo en que vivimos se complica. Parece un escenario mucho más despiadado, lúgubre y melancólico. No obstante, no debemos permitir que la congoja nos paralice. Tenemos que adoptar una actitud valiente e iniciar un cambio antes de que los daños sean irreparables. Creo firmemente que, al igual que en mis historias favoritas siempre aparece un héroe para salvar el día, en nuestra sociedad existen muchos héroes que luchan diariamente para intentar dar con soluciones a problemas que golpean nuestro mundo. Tampoco creo que hayan desaparecido los valores morales de la faz de la Tierra, simplemente, que algunos se están perdiendo, y necesitan un poco de ayuda para volver a relucir.

Por todo ello, me gustaría concluir con un gigantesco gracias a todos esos héroes y heroínas que permiten que los finales felices no sean sólo cosa de cuentos.

Cristina Landín Jiménez